

y analizados por Verónica Sierra en este libro han sobrevivido a los años, al miedo, a la miseria, a la muerte, y lo que es más importante aún, al olvido, pues forman ya parte de nuestra memoria colectiva.

Guadalupe Adámez Castro  
Universidade de Lisboa-Centro de Linguística  
Grupo de Investigación LEA-SIECE  
<http://orcid.org/0000-0001-8972-5398>  
gadamez@gmail.com

**AKIKO TSUCHIYA y WILLIAM G. ACREE Jr. (eds.), *Empire's End. Transnational Connections in the Hispanic World*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2016, 230 pp., ISBN: 978-0-8265-2077-7**

El imperialismo es un tema periódicamente visitado por historiadores y sociólogos si bien sus nuevas formas económicas han sido abordadas más recientemente por politólogos y activistas cuyos intereses van desde las desigualdades étnicas y mercantiles a las alarmas medioambientales que nos acechan. Desafortunadamente ello facilita que nos encontremos a menudo con trabajos casi programáticos, alejados de las raíces históricas y las manifestaciones culturales que de ellas crecen.

No es este el caso de *Empire's End. Translational Connections in the Hispanic World*, editado con excelente criterio por los profesores de Washington University in Saint Louis Akiko Tsuchiya y William G. Acree y que, lejos de revisitar temas y lugares comunes, reúne a destacados nombres en el apasionante y a veces olvidado cuestionamiento del imperialismo español en América y sus implicaciones transatlánticas.

Sebastian Faber abre el volumen, y con él la sección sobre cartografías atlánticas, mediante una aguda reflexión sobre el propio campo del hispanismo y la cortina de humo que tradicionalmente ha ocultado, por parte de la crítica peninsular, estudios y nombres como los de Noël Valis, Jo Labanyi o Catherine Jagoe; por citar solo algunos. Toma Faber como ejemplo la *Historia de la literatura española* coordinada por José Carlos Mainer la cual, análogamente, también obvia en su quinto volumen (1800-1900) autores fundamentales como José Martí o Rubén Darío. Nos acerca, pues, el crítico de Oberlin College a la incapacidad constituyente del hispanismo para reconocer tanto el regionalismo de la propia literatura española en España como en su dimensión transatlántica (p. 26).

Será esa vertiente atlántica la que Kirsty Hooper saque a la luz un trabajo tan curioso como profundo en el que descubrimos la manera en que el Liverpool de la segunda mitad del siglo XIX adquirió una importancia destacada en la conexión marítima y comercial con ciudades menores de España como Bilbao, La Coruña, Vigo, Las Palmas de Gran Canaria o Santa Cruz de Tenerife (p. 37). El estudio archivístico de Hooper nos ofrece claves sobre las rutas y, más interesantemente, sobre personalidades que de una manera u otra contribuyeron a forjar lazos económicos y culturales entre ambas orillas aún presentes en la ciudad británica.

Tres son los capítulos que integran la sección sobre teoría racial y que nos llevarán desde el estudio del mestizaje y la hibridez en América latina hasta

Filipinas. Será precisamente Joyce Tolliver quien coloque al lejano archipiélago en el centro de su discusión en contrapartida a la óptica tradicional que la toma como pérdida sufrida por España. A este tenor destaca, sin embargo, la manera en que ya hacia finales del siglo XIX las categorías raciales impuestas por la norma colonial española tenía más que ver con el estatus legal que con las genealogías y los fenotipos que, además, representaban lo que hoy consideraríamos como identidades sociales (p. 109). Son reseñables, además, las notas que Tolliver glosa sobre escritos de Pablo Feced y de López Jaena acerca de la supuesta evolución de los filipinos en términos darwinianos (pp. 111 y 113).

Estos matices científicos también aparecen en la discusión propuesta por Joshua Goode en la que nos explica cómo el mestizaje y la fusión están siempre relacionados a la hora de sostener cierto discurso nacional español en relación con Cuba primero, y con las colonias africanas posteriormente. La relectura de conferencias de Manuel Antón y Ferrándiz pronunciadas en el Ateneo de Madrid, deja bien a las claras el papel que muchos intelectuales adjudicaron a la conquista de América (p. 67) en la que, incluso figuras de la importancia de Unamuno o Ramiro de Maeztu, buscan forjar una ligazón espiritual y familiar entre la España peninsular y los territorios ya independizados (p. 73).

Destaca con luz propia el estudio que Alda Blanco realiza con su acostumbrada agudeza, en esta ocasión sobre las conclusiones que en 1892 arrojó el Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano celebrado por la Sociedad Geográfica en Madrid. Blanco desgrana la manera en que se teoriza sobre el mestizaje y la hibridez por parte de las viejas naciones europeas con el fin de armonizar el pasado en su visión del futuro de las naciones-estado europeas (p. 85). Esta, según Blanco, es solo una de las numerosas paradojas que preñan el relato del lado oriental del relato imperial que, entre otros ángulos muertos, elude hablar de la guerra de Cuba, por citar alguno. Así, el Congreso destaca la raza española como única que procede de cierta mezcla (p. 88) para lo que se apoya, incomprensiblemente, en la celeberrima taxonomía de Gobineau que jamás nombra a la raza ibérica (p. 89) y que la profesora de San Diego analiza en esta sección de *Empire's End*.

La problemática asociada a la libertad, la esclavitud y el imperio dan cobijo a los trabajos propuestos por Christopher Smidt-Nowara y William Luis en la tercera parte del libro. Abre el primero un provechoso camino de investigación sobre la narrativa de los prisioneros de guerra cautivos mediante una rentable analogía entre los prisioneros españoles de la guerra contra la invasión francesa de principios del siglo XIX y los que España recluyera en la guerra de Cuba. Emerge así, de las líneas propuestas por Smidt-Nowara, la figura de Blanco White y sus escritos contra el abolicionismo de la esclavitud y el tráfico de personas que, irremediabilmente están ligados a la guerra en la isla (p. 134).

Otro punto de vista sobre el Caribe es el que nos ofrece William Luis al girar el foco de atención hacia los Estados Unidos como la fuerza imperial que, mediante el comercio y tras una guerra, ocupó el vacío que España dejó en la zona. Si añadimos la importancia de Cuba en el comercio mundial del azúcar (p. 151) no quedan dudas sobre la importancia estratégica de la isla a múltiples niveles que, como Luis destaca acertadamente, hacen que su cultura se manifieste a su alrededor desde temprano (p. 153) pues la literatura revela el lado oculto de la esclavitud y da cuenta del lado de la víctima, su agonía y su dolor, una posición a la que le era negada cualquier otra forma de expresión (p. 155).

Cierra este valioso volumen una sección dedicada a los legados culturales

del imperio que Michael Ugarte abre explorando la siempre rica ironía de Benito Pérez Galdós en sus novelas sobre el norte de África, *Aita Tettauén* y *Carlos IV en la Rápita*. La privilegiada visión de Ugarte nos hace partícipes de la manera en que un imperio en clara decadencia como el español aborda empresas coloniales en el norte de África entre los siglos XIX y XX al tiempo que Francia se hacía fuerte en esos territorios. Los escritos de Said, según Ugarte, nos acercan la visión orientalizada de España por parte de los galos (p. 179) a la que Galdós tampoco era ajeno pues ya en el desastre de 1898, dictó el canario el carácter cíclico de estos males nacionales. Muestra de ello es sin duda alguna el personaje galdosiano El Nasyri cuyos ojos nos ofrecen una simple visión de la guerra de Marruecos, puesto que Galdós, según el profesor de Missouri, no tiene pretensión alguna de mostrar una versión real u oficial sobre ello (p. 183).

La icónica figura del indiano constituye parte esencial del legado cultural que el imperialismo aporta al panorama cultural español. El indiano, el retornado de América que vuelve con su fortuna nos ofrece, de la mano de Lisa Surwillo, algunos de sus más ricos perfiles. Una de estas dimensiones se acerca a la importancia fundamental del indiano en los relatos culturales y en la representación del imperio perdido políticamente que, no obstante, perdura cultural y hereditariamente en el imaginario español llegando a formar parte de la identidad local. La profesora de Stanford demuestra, en este sentido, la importancia capital de las casas construidas por este colectivo de retornados (pp. 194-195), las cuales amalgaman estilos y ostentación impropios de zonas rurales ajenas a ellos. Esto desvela la complejidad de las relaciones en el periodo posterior a 1898 y la manera en que la retórica del indiano y sus manifestaciones arquitectónicas le dan forma.

Finalmente, será Alejandro Mejías-López el encargado de cerrar la sección y con ella el variado y valioso trayecto propuesto por Tsuchiya y Acree. Lleva a cabo el profesor de Indiana un cuestionamiento valiente sobre el estudio postcolonial al proponer la salida de cualquier postura teórica dominante. Esto es, *Empire's End* ya parte de una posición del fin del imperio desde el lado opresor lo que, según Mejías-López, funcionaría también en la dirección opuesta (p. 204). Aunque hayan sido relegadas a lugares marginales por la historia literaria y el hispanismo tradicionales, las conexiones transatlánticas existieron y constituyen una oportunidad para reconfigurar nuevas posibilidades críticas que tengan en cuenta la dirección España-América de siempre junto a las influencias y modernizaciones que el trayecto opuesto añadirían a nuestros estudios (p. 215).

Solo el empleo del impreciso aunque establecido término «peninsular» para referirse a la literatura española, excluyendo la literatura de Canarias, Baleares o de Ceuta y Melilla, se nos antoja minúscula mácula en un conjunto de estudios merecedor de un destacado lugar en nuestros anaqueles.

Rubén Domínguez Quintana  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria  
Instituto Universitario de Análisis y Aplicaciones Textuales  
<http://orcid.org/0000-0001-8972-5398>  
[ruben.dominguez@ulpgc.es](mailto:ruben.dominguez@ulpgc.es)